



ENSAYO DE UN DICCIONARIO DE LA LITERATURA COLOMBIANA

Capítulo II

Escribe: NESTOR MADRID MALO

— A —

ALVAREZ BONILLA, ENRIQUE. Nació en Tunja (1848) y desde muy joven se inició en la carrera del profesorado, que cultivó toda su vida. Fruto de ella fueron sus obras didácticas, con las cuales enriqueció la literatura pedagógica de Colombia; “Tratado de Gramática Castellana”, “Tratado de Retórica y Poética”, “Compendio del Arte de Hablar en prosa y verso por José Gómez Hermosilla”, “Compendio de Historia Patria”, “Filosofía Moral”, “Manual de Elocución” y “Leciones de Derecho Público”. Fue también periodista de nota, pues fundó “La Esperanza” y “El Occidente” y dirigió “El Empresario”. Colaboró además en muchos otros periódicos colombianos, tales como “El Tradicionalista” y “La Caridad”. Asimismo escribió en prosa obras de crítica social como “Caracteres” y “Preocupaciones” y algunos ensayos de novela y teatro sin mayor importancia.

Pero su verdadero mérito literario estriba en su obra poética, especialmente en el género épico, ya que sus restantes poesías —que publicó en dos tomos: “Horas de Recogimiento” y “Cantos de Mayo”— no acusan mayores calidades líricas. En cambio, la épica llegó a arrebatarle hasta alturas que le hacen digno del título de “mejor poeta épico de Colombia” con que algunos críticos le han designado. En efecto, escribió en octavas reales dos poemas de esa índole que, no obstante ciertas caídas estilísticas, son de innegable valor poético. Tales fueron “Santa Fé redimida” —relativo a la victoria de Boyacá—, que es en cierto modo una réplica a la “Santafé Cautiva”, el detestable y antipatriótico poema del presbítero Torres y Peña; y “El Macabeo”, sobre las hazañas de los libertadores de Israel, que según el Padre Ortega, es muy superior al poema del mismo nombre del portugués Miguel de Silveira.

Por último, fue un excelente traductor de famosas obras clásicas extranjeras tales como de la “Atalía” de Racine, la “Parisina” de Byron, y fragmentos de “La Jerusalén Libertada” de Tasso. Pero su mayor éxito en esta materia fue la traducción de “El Paraíso Perdido” de Milton, en octavas reales, calificada como “la mejor que existe en versos castellanos”.

El señor Alvarez fue un verdadero patriarca de nuestras letras. Erudito y polígrafo eminente, ocupó altos cargos académicos y públicos, tales como los de Ministro de Instrucción Pública, Senador y miembro de las Academias de Historia y de la Lengua, aunque su muerte, —ocurrida en Bogotá (1913)— le impidió ingresar a esta última.

ALVAREZ HENAO, ENRIQUE. Nació en Bogotá (1871). Estudió en el Colegio del Rosario y comenzó estudios de medicina en la Universidad Nacional. Parece que la muerte de su madre le decepcionó de la carrera que había elegido y desde entonces la abandonó, dedicándose a una vida de bohemia, sin objetivo preciso alguno. O mejor dicho, con un solo objetivo: la poesía. Pues durante su corta existencia —ya que murió en su ciudad natal (1914) a los 43 años— fue solo y ante todo poeta, un “poeta del desengaño”, al decir de Cejador y Frauca. Contemporáneo, aunque no perteneciente al grupo poético de “La Gruta Simbólica”, era el más joven de aquel brillante conjunto de poetas bohemios que a fines del siglo pasado “se reunía a beber, a divertirse... y a soñar: Julio Flórez, Eduardo Ortega, Jorge Pombo...”. Romántico por el tono pero modernista por el ambiente y temas de sus principales producciones líricas, su obra —que no ha sido justamente apreciada— es de una desigualdad genial: tan pronto se eleva a las alturas del “Rondó” que tanto recuerda al “Nocturno de Silva” o de “La Carcajada del Diablo”, como cae en los abismos poéticos de ciertos poemas menores. Es de los poetas colombianos más conocidos en el extranjero, especialmente por sus dos magistrales sonetos: “La Abeja” y “Los Tres Ladrones”, que figuran en todas las antologías. Parte de su obra fue publicada en Barcelona con el título de “Poesías”. El resto anda disperso en revistas y periódicos, a la espera de alguien que la rescate del olvido. La nota elegíaca predomina casi siempre en sus poemas, donde el desengaño y la muerte forman una permanente dualidad, que de modo tan doloroso se reflejó en su propia vida. Don Luis María Mora, en su obra “Los contertulios de la Gruta Simbólica” ha trazado una rápida pero justa silueta de este poeta desafortunado.

ALVAREZ LLERAS, ANTONIO. Nació y murió en Bogotá (1892-1956). Hijo del ilustre polígrafo Enrique Alvarez Bonilla. Estudió en el Instituto de La Salle y luego comenzó la carrera de Derecho, que dejó para dedicarse a la Odontología, profesión que ejerció durante largo tiempo en su ciudad natal. Aunque hizo algunas incursiones en el terreno de la novela (“Ayer, nada más”, París 1930), de la poesía (Sonatina de Otoño, “Ensoñadoras”) y de la crítica —especialmente de carácter teatral—, su principal contribución a las letras colombianas está en su obra dramática.

Descendiente de Lorenzo María Lleras —insigne cultivador de ese género en el siglo pasado— Alvarez es asimismo el más notable dramaturgo colombiano del presente siglo y, tal vez, de toda la historia del teatro colombiano. Su vocación en ese sentido fue firme y auténtica, como lo demostró a través de su continuada obra. Iniciada con “Viboras Sociales” (1911) “Fuego Extraño” y “Alma Joven” (1912), la prosiguió luego con

piezas de excelente factura y reconocida intención crítica: "Como los Muertos" (1916), "Los Mercenarios" (1924), "El Zarpazo" (1927), "Alma de ahora" (1945) y "El Virrey Solís" (1947).

También es autor de algunos diálogos y juguetes cómicos ("Por teléfono", "De Añonuevo"); de las comedias "Sirena pesca marido", "El Sí de los Cocacolos" y "El doctor Bacanotas", a más de dos dramas históricos: "La Toma de Granada" y "Alejandria la Pagana". Fue uno de los más entusiastas propulsores del teatro en Colombia, cuyas modernas tendencias introdujo en el país, haciendo par en tal sentido con otro connotado dramaturgo: Luis Enrique Osorio.

En su opinión, "el teatro debe contener ideas, expresar tendencias, encerrar un objetivo social preciso". Por eso, según él, las características de sus obras son el planteamiento de tesis, el análisis psicológico, la demostración filosófica, la finalidad moral. Sin embargo, en su obra ello está hasta tal punto conciliado con el artístico-literario, que por eso no resulta en ningún momento cargante ni abusivo.

ALVAREZ DE VELASCO Y ZORRILLA, FRANCISCO. Poeta de la época colonial, nacido en Santafé (1647, e hijo del juriconsulto don Gabriel Alvarez de Velasco. Estudió en el colegio de San Bartolomé y en 1667 fue nombrado Gobernador y Capitán General de la ciudad y provincia de Neiva, cargo que ocupó durante largos años y en sucesivas ocasiones. También fue Alcalde ordinario de Santafé (1687 y 1700) y, según Flórez de Ocariz, encomendero de Cerinza. Viajó después a Madrid y en 1703 ocupaba allí el cargo de Procurador General de su ciudad natal ante la Real Corte. A partir de entonces se desconocen datos de su vida, aunque parece que en Madrid pasó el resto de sus días. En 1703 publicó en Burgos su "Rithmica Sacra, Moral y Laudatoria", obra que contiene toda su producción poética, además de una epístola y un discurso en prosa. Este libro verdadera rareza bibliográfica (existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid), fue impreso —según lo confiesa en el propio título— "por distintos impresores, en diferentes lugares y tiempos", aunque la edición burgalesa tiene la fecha mencionada.

Fue un poeta de talento y gran erudición, aunque malgastara tales dotes en hacer, por lo general, una poesía de ingenio y artificio, a base de argucias y sutilezas métricas, con versos que empiezan y terminan en esdrújulos —que él llama "eneámetros"—, todo lo cual convierte a muchos de sus poemas en verdaderos logogrifos. Sin embargo, no carece de inspiración, sobre todo en algunos sonetos ("A dónde iré, Señor, que desde luego...", "¿Quieres ser noble? obra...") y en ciertas endechas reales, forma poética esta última que cultivó con éxito, como puede apreciarse en aquellas tituladas "Vuelve a su quinta, Anfriso, solo y viudo". En cambio, cuando hace uso de la oda o de la silva, su musa trastabillea, no obstante la pasmosa facilidad de versificación que allí demuestra. Para Gómez Restrepo este poeta representa la tendencia conceptista en la poesía colonial, en tanto que Domínguez Camargo encarna la tendencia gongorista. Lo cierto es que Alvarez fue un decidido admirador de Quevedo, lo que llevó hasta el extremo de formar cuartetos y aún sonetos con versos entresacados de la obra poética de don Francisco. La influencia de este sobre

el lírico santaferño es evidente, sobre todo en los sonetos y en su poesía moral y ascética, como el "Sermón Eneoclástico Estoico, sobre la doctrina de Epicteto, de que solo se debe cuidar lo que está en mi propio albedrío", larga oda moral que revela un senequismo de indudable procedencia quevediana. Escribió también romances ("Desengaño que ofrece la soledad", "A los dolores de la Virgen"), sextillas y dísticos ("A un hipocondríaco"). A Sor Juana Inés de la Cruz —cuyas poesías había leído— dirigió unas "Endechas Endecasílabas", aparte de otras composiciones en verso y dos "laberintos", que integran una sección especial de su libro, dedicada a celebrar y alabar a la "décima Musa". Lo que es muestra muy diciente del entusiasmo que le inspirara la monja mejicana, a quien también dirigió una "Epístola en prosa".

La obra de este poeta permanece prácticamente inédita, ya que de ella no se ha hecho una nueva edición. Lo que es una verdadera lástima, pues así se nos revelaría su exacta personalidad olvidada por los antologistas colombianos. Gómez Restrepo, en su "Historia de la Literatura Colombiana" hizo por primera vez justicia crítica a Alvarez, a la vez que reprodujo algunas de sus poesías.

ALVAREZ DE VELASCO, GABRIEL. Letrado y jurisconsulto español, nacido en Valladolid (1595). En su patria de origen fue corregidor y juez. En 1636 pasó al Nuevo Reino de Granada, nombrado Oidor de la Real Audiencia de Santafé. Trasladado luego a la Audiencia de Lima, no aceptó esta promoción, y vivió en Santafé hasta el fin de sus días. Escribió en latín varias obras de notable erudición jurídica, cuyos títulos son: "De privilegiis pauperum et miserabilium personarum" (Madrid 1630-Lyon, 1663), "Axiomata juris" (Madrid, 1631), "Judex Perfectus" (Lyon, 1662), y "Epitome de Legis humanae mundique fictione veritati divinae et aeternae temporalisque differentia" (Lyon, 1662). Escribió asimismo, según Vergara, otra obra jurídica: "De los alimentos", todo lo cual le hace ser el primer tratadista sobre temas de derecho en el Nuevo Reino. También fue autor de una "Carta laudatoria" de las virtudes de su esposa, dirigida a sus hijos, entre los cuales estaba el futuro poeta Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla. "En esta obra —dice Vergara— desahoga su justo dolor y al mismo tiempo su erudición, pues casi cada palabra está apoyada por un texto latino puesto al margen de la página". Murió en Santafé el 22 de junio de 1658.

ALVAREZ DEL CASTILLO, SANTIAGO. Nació en Santafé, probablemente en el último tercio del siglo XVI. Estudió en el Colegio del Rosario y entró al servicio del Presidente don Francisco de Sande. En 1602 marchó a España, donde a poco de llegar ingresó a un convento de capuchinos con el nombre de Fray Sebastián de Santafé. Ocupó altos cargos en su orden y en la Corte, tales como el de Guardián de los conventos de Salamanca, El Pardo y Madrid, llegando hasta ostentar la dignidad de Predicador del Rey. Era hombre de gran cultura y sabiduría, así como de notable elocuencia. Escribió varias obras de teología e historia que nunca se imprimieron, las cuales debieron ser de mérito a

juzgar por tales antecedentes. Murió en olor de santidad. Es una de las figuras más importantes de la cultura colonial del Nuevo Reino de Granada, no obstante que vivió casi toda su vida en la península.

ALVAREZ LOZANO, RAFAEL. Nacido en Bogotá (1805), estudió en el Colegio del Rosario, donde obtuvo los grados de licenciado y doctor en derecho. Escribió poesías, algunas de las cuales recogió en un folleto intitulado "El Trovador de Bogotá" (1841), que dedicó a la memoria de su esposa. Según Otero Muñoz "era un poeta galano, culto, discreto y no exento de corrección". Compuso poesías festivas ("El Retrato") y unas quintillas "Al Tabaco" que son tal vez lo mejor de su obra. Pero su talento literario brilló sobre todo en su producción dramática, que, sin ser de excepcional valor, tiene sin embargo, el mérito de no ser inferior a lo hasta entonces publicado, al decir de don José Manuel Marroquín. Lo cierto es que su tragedia "Miguel o Los Proscritos" —estrenada en Bogotá en la noche del 13 de julio de 1834— tuvo un éxito sin precedentes. De igual calidad dramática es su otra tragedia "El Corsario". Lozano perteneció a la generación de la Gran Colombia, la que siguió a la de la independencia, y sus ensayos dramáticos continuaron los de Fernández Madrid y Vargas Tejada. Murió en Bogotá en 1845.

ANCIZAR, MANUEL. Nació en Fontibón —Cundinamarca— (1812) y a los siete años fue llevado a Cuba por sus padres, españoles de nación, quienes emigraron a esta isla después del triunfo de Boyacá. En La Habana se educó y estudió jurisprudencia, pero tuvo que huir a los Estados Unidos por haber sido sorprendido mientras conspiraba contra el gobierno español. Allí completó sus estudios y en 1840 pasó a Venezuela, donde colaboró en importantes periódicos y fue rector del Colegio Nacional de Valencia. En 1846 fue designado Ministro Plenipotenciario en Caracas por el Gobierno del General Mosquera, cargo en el cual sostuvo con gran brillo los intereses jurídicos de su patria en la cuestión limítrofe. De regreso a la Nueva Granada —tras prolongada ausencia—, trajo un completo equipo de imprenta y litografía que renovó el arte tipográfico nacional, y fue nombrado por Mosquera Sub-Secretario de Relaciones Exteriores. Después fundó "El Neogranadino", periódico en el cual realizó grandes campañas en pro de la conciliación nacional y de las ideas liberales que siempre profesó.

Sin embargo, no han sido sus vibrantes y estilizados artículos periodísticos los que han hecho su fama literaria. Ella descansa ante todo en su hermosa "Peregrinación de Alpha" (Bogotá 1853), libro en el que consignó sus impresiones y observaciones de viajero y sociólogo durante el tiempo en que desempeñó la Secretaría de la famosa Comisión Corográfica que al mando del Coronel Agustín Codazzi exploró el norte colombiano, a mediados del siglo pasado. Escrito en un estilo ameno y agradable, ha sido considerado por Gómez Restrepo como "El mejor libro de viajes que ha salido hasta ahora (1926) de pluma colombiana". Pero sin duda algo más que un libro de viajes; es un verdadero estudio sociológico, científico

e histórico, que aún hoy día —casi un siglo después de su publicación— mantiene su vigencia en muchísimos aspectos de la realidad nacional allí expuesta.

Fue también hombre de elevadas disciplinas filosóficas, como que escribió unas "Lecciones de Psicología" (1851) en las cuales se manifestaba francamente espiritualista. En ese sentido se preciaba de ser ecléctico, siguiendo a Cousin, lo que le hizo incurrir en todas las contradicciones de ese pretenso sincretismo filosófico. Detestaba a Destut de Tracy y en sus clases seguía los textos de Balmes. En resumen: sus ideas políticas eran liberales —como que fue el maestro de la generación del 48— pero sus ideas filosóficas eran muy conservadoras. Cultivó con éxito el género biográfico, pues escribió las vidas del Mariscal Sucre y del Coronel Agustín Codazzi, obras de bastante mérito e interés. Tras de haber ocupado altos cargos políticos y académicos —fue Rector de la Universidad Nacional y del Colegio del Rosario— murió en Bogotá en 1882.

(Continuará).